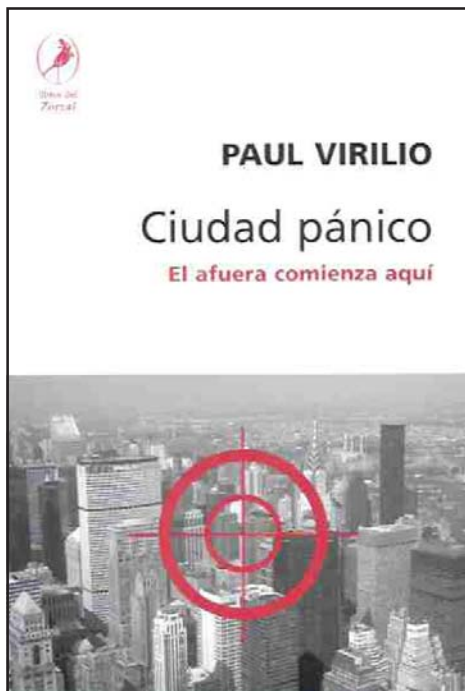


# Ciudad Pánico. El afuera comienza aquí

Paul Virilio  
Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006

---

Por Sebastián Van Den Dooren



*¿Por qué negar la necesidad evidente de la memoria?(...) Doscientos mil muertos, ochenta mil heridos, en nueve segundos. Son cifras oficiales (...) Habrá diez mil grados sobre la tierra. Diez mil soles, dirán. El asfalto arderá. Un profundo desorden reinará. Una ciudad entera será destruida y se convertirá en cenizas (...)*

*Del film Hiroshima mon amour, de Alain Resnais.*

Demarcan el contexto de los seis ensayos reunidos en el libro *Ciudad pánico* de Paul Virilio –recientemente traducido y publicado en nuestro país por la editorial Libros del Zorzal–, los ataques terroristas en las ciudades de Nueva York y Madrid entre 2001 y 2004, y los conflictos bélico que trajeron consigo en Oriente –la zona de riesgo, el lugar de los terroristas. Los cruza una línea que resalta una nueva especie de guerra: aquella que tiene por objetivo a las ciudades

y como principal armamento la pantalla televisiva. Si bien Virilio sostiene que no “hay una tesis central” en *Ciudad Pánico* – y esa es la primera impresión en la lectura de estos ensayos aparentemente sin brújula–, en una entrevista telefónica con Pablo Rodríguez reconoce sin embargo que uno de los aspectos fundamentales del libro es la siguiente idea: el Estado-Nación ha sido superado “en beneficio de las grandes ciudades”<sup>1</sup>: las grandes metrópolis “tienen final-

<sup>1</sup> “Paul Virilio y la política del miedo”, en *Ñ Revista de Cultura, Clarín*, N° 78, 26 de marzo de 2005.

mente más importancia” que los Estados. En la actualidad se asiste, según el autor, a una “metropolarización” de la política.

El primer ensayo del libro se ocupa del *trayecto*<sup>2</sup> y la circulación dentro de la ciudad. Existe un “acostumbramiento” del espacio, de las calles, de los barrios, un reconocimiento automático de la visión. El sujeto deviene “ciudadano programado”, ya sea por su motricidad como por el “sistema de arterias de los barrios”. El habitante recorre la ciudad con un “mapa mental” que permite orientarse dentro de ella: “la Ciudad está presente en la vivacidad de mi memoria de los lugares”, como una suerte de grabadora de los “trayectos de ida y vuelta” (“lenta domesticación”) que luego serán “un largo desfile de secuencias programadas por adentro”, una imaginería mental que “ilumina mis pasos seguramente más que cualquier alumbrado público”, sólo comparable con la “televigilancia” de exclusiva utilidad para “esos residentes privilegiados que son los policías”. En tal sentido, “*cada ciudadano es un urbanista que se ignora*”, un experto en la unidad de tiempo y espacio del desplazamiento. Sin embargo, ese reconocimiento automático de la memoria del catastro urbano puede ser destruido mediante la reconstrucción de la ciudad (como por ejemplo, después de una guerra). El “pensamiento visual” se ve drásticamente adulterado.

Las calles, esos “corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la memoria” tan necesarias como el agua o el aire, son a partir del siglo XIX la “pendiente propicia para todos los ataques” y de los accidentes. De allí la implementación de las estrategias hi-

giénicas –donde se confunden lo sanitario con la seguridad– del barón Haussmann en París: las reformas urbanas transformaron una ciudad medieval en una moderna, destruyendo, entre otras cosas, las pequeñas calles, “esos nidos de resistencia inaccesibles a la caballería y la artillería”. De esta forma, “el origen del urbanismo haussmanniano es sobre todo la voluntad de poder meter la fuerza militar en la ciudad”<sup>3</sup>.

Virilio resalta una serie de transformaciones políticas a nivel de la ciudad: la Ciudad-Estado de los orígenes antiguos de la *política* se transforma en la *Geopolítica* de las naciones, y ésta, a su vez, en la *Metropolítica* de la globalización. Por otro lado, después de Hiroshima y de Nagasaki, la *aeropolítica* (doctrina de los bombardeos estratégicos anteriores a 1945) se convirtió en *cosmopolítica* del terror nuclear, “con la estrategia *anti-ciudad*”, y la “emergencia de un terrorismo anónimo susceptible de derribar... esa ‘paz civil’ entre las poblaciones”. Las guerras ya no se producen en los campos sino dentro de metrópolis.

En una de las tesis centrales del libro, Virilio sostiene que en la actualidad ya no es preciso adjetivar a la democracia como “representativa de los partidos políticos” o “de opinión”. Es más apropiado, por el contrario, referirse a una *democracia de la emoción*, de una “emoción colectiva” *sincronizada y globalizada* en base a un modelo de *tele-evangelismo-postpolítico*, cuyo argumento principal serán los miedos ciudadanos. La opinión pública es disuelta en beneficio de una *emoción colectiva instantánea* propia de la “dictadura del corto plazo”.

<sup>2</sup> El *trayecto* es un inicio o un camino hacia el conocimiento de algo –en este caso de la ciudad–. Al decir del poeta Henri Michaux, “*antes de ser obra el pensamiento es trayecto*” (en *Postales angulares*, en

*Antología poética 1927-1986*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005, p. 228).

<sup>3</sup> Entrevista a Paul Virilio en *Chronic'art*, publicada en el suplemento *Radar* el 20 de junio de 2004.

En la era del “conformismo mediático” y la “estandarización de la opinión”, el acontecimiento es creado (independientemente de si suceden o no). Su resultado será “una realidad falsificada por una multitud de soportes, audiovisuales y otros”. Ello permite que los *mass-media* produzcan una “estandarización” y una “sincronización de la opinión” –una opinión pública “en adelante única”. En otras palabras, ello significa una “estandarización de los comportamientos” en la *sincronización de las emociones de las multitudes*, cuyo resultado será un *individualismo de masa*: “cada uno, uno por uno, padece en el mismo instante el condicionamiento *mass-mediático*”, que proyecta un terror que “debe ser sentido instantáneamente por todos, en todas partes a la vez”. En el mismo sentido, según Zigmunt Bauman el *televisor* es un aparato cuyo potencial es igualmente utilizado por sus creadores (Estados Unidos) como por sus enemigos (los terroristas). Por ejemplo, en el atentado al World Trade Center fue el arma más potente en beneficio de los terroristas: la publicidad mundial de las “morbosas imágenes” alcanzaron los más lejanos rincones del mundo. El potencial de la imagen televisiva radica en que logra atemorizar a la población mundial, trascendiendo de una forma vertiginosa a los destinatarios directos de las armas caseras de los terroristas. Para ambos bandos, permite llevar al extremo “el miedo a la vulnerabilidad y la sensación de peligro ubicuo y permanente...”<sup>4</sup>

De esta manera es posible *calibrar el terror* en vista del telespectador medio, una estrategia mediática a fin de lograr la conmoción de la población a través de las imágenes proyectadas en la televisión. El efecto de ello será una *estéreo-realidad*<sup>5</sup>: desdoblamiento de la realidad en, por un lado, *realidad actual*, física, objetivo de la imagen audiotelvisiva, y, por otro, *realidad virtual*, mediática; la tele-realidad desmultiplica el acontecimiento hacia el infinito. La normalidad de lo cotidiano se rompe, más que con el acontecimiento, con la *creación del accidente*, resultado de un reflejo condicionado por “esa sincronización”. Mediante el “impacto de las imágenes”, la televisión transforma “la guerra en un terrible drama pasional”. De esta manera, en las guerras de fines del siglo XX y principio del XXI, las armas de destrucción “ceden su primacía estratégica a esas *armas de comunicación masiva* destinadas a golpear los espíritus... o, más precisamente, *el arma de destrucción masiva* es sometida a la de una comunicación de masas que la domina por todas partes, teniendo en cuenta que el impacto audiovisual (en tiempo real) se impone ampliamente, por su velocidad de propagación a escala mundial, sobre el impacto material...”. En este sentido, en un futuro regirá, en lugar del Ministerio de guerra propio de las guerras clásicas (con su arte militar, su teatro, su deber patriótico), una suerte de *Ministerio del Miedo*<sup>6</sup> que gobernará (Virilio emplea el término “dominación”) “desde

<sup>4</sup> *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Barcelona, 2007, p. 139.

<sup>5</sup> Aquí Virilio trae una idea trabajada en su libro anterior *La velocidad de liberación*, Buenos Aires, Manantial, 1997.

<sup>6</sup> Esta denominación, aparentemente tomada del título del libro así titulado de Graham Green, es una vieja idea de Virilio. En su primer libro, en 1976, *La inseguridad del territorio* (publicado en Buenos Aires por la editorial La Marca en 1999), Virilio ya se refería a un *Ministerio del Terror* (p. 161).

lo alto de sus satélites y de sus antenas parabólicas”, y cuyo sistema de armas estará constituido “por el conjunto de medios de comunicación de masas vueltos contra el adversario”. Este Ministerio gobernará mediante un “Arte del Espanto”, de un “miedo pánico infligido al mundo entero y en el cual la pantalla catódica reemplaza a la línea de frente” del campo de batalla. Dado que el fin principal es el impacto de la emoción, la guerra actual debe ser contra los civiles.<sup>7</sup> Según Virilio, la próxima guerra total será una “Guerra Civil Mundial” que producirá una *aceleración de la realidad o movimiento de pánico* destruyendo “nuestro sentido de la orientación... nuestra visión del mundo”: desorden de la percepción y confusión tanto de las imágenes oculares como de las mentales. Al ser predominantemente preventiva (al mejor estilo de las guerras de principios de este siglo llevadas adelante por los países del primer mundo contra Oriente), careciendo en tal sentido de objetivo cierto, es una “*guerra perdida de antemano*”.<sup>8</sup> Pero ello no implicaría derrota alguna, dado que genera *psicosis*, un “*método terrorista de gobierno del que abusamos desde el siglo XX*”. La “*Infowar*” apunta de ahora en más a “*accidentar [destrucción de] la verdad de*

*los hechos y la realidad del mundo*”, donde la estrategia será una “*mentira inconmensurable*”: *desrealización* mediante una *militarización de la información*, que hace perder la “*percepción de lo verdadero y de lo falso, de lo justo de lo injusto, de lo real y de lo virtual*”.

Por último, según Virilio los miedos de los ciudadanos se encuentran tele-dirigidos o administrados: “los medios de telecomunicación de masas nos imponen su *firma* para identificar el terror”, donde el espectador se ve sometido a una “*alucinación colectiva de una imagen única, teatro óptico...*”. Se crea en el imaginario un verdadero síntoma: *síntoma pánico*. Ciudad pánico significa que “*la catástrofe más grande del siglo XX ha sido la ciudad, la metrópolis contemporánea de los desastres del Progreso*”. Sin embargo, se persiste en su *crecimiento*, para cuyo fin será necesario un esfuerzo de mayor dureza: la debilidad del Estado-nación y de derecho permiten el fortalecimiento del “*Estado policíaco* en el que se privatizan las ‘*fuerzas del orden*’”, por el mismo camino que ya transitaban las empresas y servicios públicos y lo harán el día de mañana —aquí Virilio va más lejos— los “*ejércitos nacionales*”.

<sup>7</sup> En este punto, cabe tener en cuenta la crítica formulada a Virilio por parte de Oliver Monguin, en cuanto lo considera un escéptico apocalíptico al visualizar “el caos de la ciudad informe”. Cfr. *La*

*condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 196.

<sup>8</sup> En igual sentido, Cf. Bauman, *Miedo líquido...*, cit., Capítulo 4 “Los terrores de lo global”.